

LOS DOS RETORNOS DE PERÓN

PRIMER RETORNO – 17 DE NOVIEMBRE DE 1972



Con impuntualidad italiana, el DC 8 “Giusseppe Verdi” de Alitalia levantó vuelo del aeropuerto romano de Fiumicino, con 68 minutos de atraso y puso dirección hacia Buenos Aires, Argentina, al otro lado del océano Atlántico. Era el 16 de noviembre de 1972, y la tarde dejaba paso a la noche en la península itálica. Transportaba luego de 17 años de exilio, de regreso a su patria, a Juan Domingo Perón. Lo acompañaban (en ese viaje casi utópico, caratulado de irrealizable poco tiempo antes, pero tantas veces soñado por el imaginario colectivo, y solo basta recordar al respecto el “Luche y Vuelve” que movilizó a millones de compatriotas) 153 personas de los diferentes ámbitos, políticos, sociales y culturales argentinos.

Entre los políticos además de su tercera esposa, María Estela Martínez de Perón, podía registrarse la presencia de Antonio Cafiero, Deolindo Felipe Bittel, un patilludo Carlos Menem y por supuesto, el que luego iba a ser candidato a presidente por el FREJULI (Frente Justicialista de Liberación), Héctor José Cámpora, “El Tío” para todos los jóvenes peronistas. Los sindicalistas sumaban a la comitiva los nombres de Lorenzo Miguel y Casildo Herreras. Del peronismo combativo y revolucionario hicieron su aporte el abogado e historiador Rodolfo Ortega Peña, su socio y entrañable amigo Eduardo Luis Duhalde (actual Secretario de Derechos Humanos del presidente Néstor Kirchner) y el jesuita Carlos Mugica, referente del

Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM). Años más tarde, Ortega Peña y Mugica fueron asesinados por la Triple A.

En el vuelo también hubo lugar para gente del mundo del espectáculo, tales como Hugo del Carril (¿Alguien conoce una versión de la Marcha Peronista mejor cantada y sentida que la de su voz?), el extraordinario director de cine Leonardo Favio y la modelo del momento, con la que se “ratoneaban” todos los machos argentinos, la compañera peronista –como ella gustaba aclarar- Chunchuna Villafañe. Así mismo algunos deportistas se sumaron al viaje.

El vuelo aterrizó al otro día, 17 de noviembre de 1972, después del mediodía, en el aeropuerto internacional de Ezeiza. Se abre la escotilla del avión y también se abre un intercambio de palabras muy gracioso. Un entorchado jefe del aeropuerto (Comodoro Salas) se topa con Perón que está por salir del mismo y le dice: “Vengo a invitarlo a descender”. La respuesta toma forma de pregunta no exenta de cierta ironía: “Y m’hijo ¿a que hemos venido si no es a bajar?”.

Una garúa constante molestaba a todos por igual y por momentos mutaba en torrencial. Perón bajó de la aeronave y saludó a los más o menos 300 peronistas invitados, que la dictadura militar dejó pasar, luego de severos controles. La foto que pasó a la posteridad es un clásico. Perón sonriente, en la pista, al lado de la escalerilla, como dije saludando con sus dos manos, en tanto un servicial Rucci –secretario general de la CGT- con un paraguas abierto lo protege de la lluvia y un Abal Medina –secretario general del Movimiento Nacional Justicialista- observa pensativo. Será la última vez que estos dos sectores del peronismo compartan en paz un acto de este tipo. Un año más tarde, con motivo del segundo y definitivo regreso del líder partidario, el enfrentamiento será a muerte

El gobierno de facto que había suspendido las clases dos días antes del regreso de Perón, buscando así evitar que los secundarios y universitarios se organizaran en sus centros de estudio para marchar encolumnados y que lo mismo hace en las fábricas al otorgar un feriado, moviliza 35.000 hombres de las fuerzas armadas.

Los viajeros al descender se encontraron con un dispositivo de seguridad estricto y que asemejaba a un país en guerra. Soldados con casco, fusiles, ametralladoras y granadas se veían por doquier. Afuera del aeropuerto varias guardias de policías, gendarmes y ejército, dispuestas en forma concéntrica, como anillos, y armadas hasta los dientes, con la ayuda de perros amaestrados para morder y tanquetas, libraban enfrentamientos y

pequeñas batallas de posición con millares de jóvenes peronistas, mujeres y hasta niños que no se daban fácilmente por vencidos y reclamaban el “retorno incondicional de Perón y el pueblo al poder”.

De aquella epopeya queda el testimonio de Juan Carlos Dante Gullo, responsable de la Regional I de Juventud Peronista, la más nutrida y numerosa de todo el país: “Salí de mi casa de Parque Patricios con mi mujer a las cuatro de la mañana. Íbamos solos porque no sabíamos si la casa estaba vigilada. Dos cuadras después se sumó mi hermano, que ahora está ‘desaparecido’ y seguimos caminando. Se nos agregó después la gente de una unidad básica que no era la nuestra y seguimos caminando. En Mataderos ya éramos una muchedumbre. Tuvimos la primera escaramuza con la policía y nos metimos por las vías. Ya éramos miles y cuando llegamos a la General Paz nos habíamos triplicado” (1).

Y así fue desde la madrugada y todo el día y en todas las partes del camino a Ezeiza. Sin ir más lejos, recuerdo mi experiencia personal de ese día inolvidable. Como dije antes, las fuerzas represivas conformaron un cerco militar para impedir de cualquier forma el contacto de Perón con su pueblo. Soy parte de uno de esos pequeños grupos que intentan traspasar los vallados. De golpe se produce el inevitable enfrentamiento. Los que me acompañan intentan cruzar el río Matanza; soldados con bayoneta calada lo impiden. Están cara a cara, los separan solamente cinco pasos. Uno de los manifestantes se saca la camisa y en cuero, le dice al oficial a cargo de la patrulla militar que tire. Emoción, estupor, indecisión, confusión, arrepentimiento... vaya uno a saber que sensación se cruzó por la cabeza del militar. Esos no eran ‘subversivos’ como le habían machacado en el cuartel, sino por el contrario, argentinos como él y que además se jugaban la vida por un ideal. Otros peronistas del grupo imitan al primero y también se despojan de sus chorreadas y raídas camisas, plantándose frente a los fusiles. Parece un film del ruso Sergei Mikhalovich Eisenstein o del británico Ken Loach..... Pero se trata de lo que está ocurriendo, de la realidad, que como se sabe “es la única verdad”. Los militares se abren y los dejan pasar.

La dictadura militar pretende que Perón se quede en el hotel del aeropuerto. Como una especie de rehén por lo que pueda suceder. Saben que las masas en la calle siempre son peligrosas. Al día siguiente, luego de reponerse del cansador viaje y las emociones, Perón fuerza la situación –poniendo como testigo a la prensa nacional e internacional- y se aleja del lugar, para residir en una casa que lo espera en la zona Norte del Gran Buenos Aires. Luego sabremos, que por cualquier contingencia que pudiera haberse producido, el viejo general estaba armado.

Cuando el pueblo sabe la buena nueva, de todas partes converge hacia la residencia que lo hospeda. Hay una pintada con aerosol que hace historia: “La Casa Rosada cambió de dirección, está en Vicente López por orden de Perón”. La fiesta y el reencuentro durará por varios días.

(1) Archivo particular de Roberto Baschetti

SEGUNDO RETORNO – 20 DE JUNIO DE 1973



Empezó como una fiesta, terminó como una tragedia. La más gigantesca movilización de masas de que se tenga memoria en la totalidad de la historia argentina, reunida para esperar a su Líder, se fue con las manos vacías, porque ese Líder no concurrió a la cita.

El frustrado lugar de encuentro era en un Puente de Ezeiza, en la intersección de la autopista Riccheri y la ruta 205. Allí se levantó un

inmenso escenario y la idea del gobierno nacional era que desde el mismo, Juan Domingo Perón, dirigiera la palabra a las más de 3 millones de personas reunidas para verlo, luego de 6.287 días de exilio forzado.

Hay ciertas preguntas que hasta el día de hoy no tienen respuesta. Si el presidente de la Nación era el progresista Héctor José Càmpora; el ministro del Interior, era un joven Esteban Righi que había dejado muy en claro y por medio de un discurso público la vigencia irrestricta de los derechos humanos para ese período que se abría y el gobernador de la provincia de Buenos Aires, lugar donde se realizaba el acto, era uno de los hombres más probos y leales con que contó Perón siempre, me refiero al Dr. Oscar Bidegain... ¿por qué entonces el copamiento del escenario y la organización del acto quedaron en manos de los sectores más retrógrados, reaccionarios e impresentables del Peronismo. Hago referencia a Jorge Osinde, a Norma Kennedy, a Alberto Brito Lima, a los amigos de López Rega y a las huestas fascistas y filonazis de un sindicalismo reaccionario, burocrático y corrupto que luego se sumaría con alborozo a las filas de las Tres A o a aplaudir las acciones reaccionarias de un ejército que buscaba el golpe militar como único objetivo?

Pues bien, toda esta gente, tenía en claro tres cuestiones. Una; que eran siempre minoría. Dos; que no podían permitirse el lujo de que esa realidad fuera visualizada por el grueso de la gente y menos con Perón como testigo. Tres; si era necesario iban a producir cualquier desastre para abortar el acto. Y lo produjeron.

Los sectores revolucionarios del peronismo habían crecido hasta límites insospechados en menos de tres años. Dejemos de lado a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), el Peronismo de Base (PB), El Movimiento Revolucionario 17 de Octubre (MR-17) y otros. Solamente, prestemos atención al desarrollo que había evidenciado Montoneros, al contar con fuerzas organizadas en todos los frentes y ámbitos imaginables. Sumaba a su proyecto a secundarios (Unión de Estudiantes Secundarios), universitarios (Juventud Universitaria Peronista), villeros (Movimiento Villero Peronista), inquilinos (Movimiento de Inquilinos Peronistas), barrios (Juventud Peronista de las Regionales), gremios y sindicatos (Juventud Trabajadora Peronista), mujeres (Agrupación Evita de la Rama Femenina), minusválidos (Frente de Lisiados Peronistas), etc. Y lógicamente en todas las movilizaciones se hacía sentir con peso propio. Se sabe que para ese acto del regreso definitivo de Perón, solamente la Columna Sur de Montoneros movilizó bajo su égida a 300 mil personas. Y que fue una parte de ese sector –unos ochenta mil- quien trató de llegar lo

más cerca posible al epicentro mismo, es decir al palco, para tener una mejor visión y hacer valer sus consignas.

Resultaba más que obvio que desde el escenario, desde el otro lado, no los iban a dejar acercarse, por las razones antes apuntadas. La irracionalidad, el voluntarismo, el sectarismo y el despropósito dieron su presente al unísono. Y así comenzó un tiroteo infernal y desigual entre ambas fracciones del peronismo. La excusa fue que desde los árboles cercanos francotiradores disparaban sobre el palco, una acusación que nadie pudo dar por cierta, a posteriori, a través de las investigaciones realizadas. Y dije que el tiroteo era desigual, porque los que estaban arriba del tablado desenfundaron escopetas, carabinas, fusiles automáticos livianos y otros con mira telescopia, que evidentemente habían llevado para usar, como si concurrieran a una emboscada preparada de antemano; en tanto que la columna Sur de manifestantes que estaba prácticamente inerte, trataba de defenderse con las pocas pistolas de puño que tenían los encargados de seguridad de la misma y que portaban como defensa. Es que pensaban librar una batalla política y de consignas, pero nunca una confrontación militar. Se amparaban, se confiaban, se recostaban, en el éxito asegurado que les daba su capacidad de convocatoria diez veces mayor que el de la rechazada Juventud Sindical Peronista (JSP), custodia del lugar.

El tiroteo duró cerca de una hora. Nunca se supo el número exacto de muertos y heridos, aunque fuentes confiables hablaron de 13 muertos y 380 heridos. No importa, las víctimas, fueron millones, con heridas en el alma, en el corazón y en la mente para siempre.

El avión que lo traía de vuelta a la Argentina a Perón –un Boeing 387 de Aerolíneas Argentinas- estaba comandado por Teobaldo “El Negro” Altamiranda, hombre de la Resistencia Peronista y con un hijo militante de Juventud Peronista, que está abajo en el medio del tumulto. Alertado de lo que estaba sucediendo, el comandante, aterrizó con su ilustre viajero en la pista de la VII Brigada Aérea de Morón, provincia de Buenos Aires. Está dicho: lo que empezó como una fiesta, terminó como una lamentable tragedia de la que el peronismo no se repondría ya nunca más. Fue el comienzo de un camino descendente y degradante, inmoral y espúreo, que terminó en un golpe de estado, el golpe cívico-militar del 24 de marzo de 1976.

Rememoro las acertadas palabras de Miguel Bonasso, presente aquel día.

“Nos replegamos con la muchedumbre silenciosa. Una multitud azulada en el anochecer, difuminada por el humo de las hogueras. Que arrastra los pies

sobre el pavimento de la Riccheri o apura el paso en los campos laterales. Un sinuoso dragón que ocupa kilómetros y que nadie podrá jamás ya calcular ni consolar. Es un espectáculo sin precedentes. El 11 de marzo al revés. La marcha atrás del 25 de mayo. Pero aún nos aguarda otra sorpresa: escuchar al Viejo, la noche del 21, responsabilizando a la juventud. Es decir, a las víctimas de la masacre. El proceso de ascenso popular que arrancó con el Cordobazo acaba de frenarse bruscamente. ¿Hay un golpe contra Cámpora? Ora pro nobis...”. (1)

(1) Tres puntos. Año 3. N^a 155. 22-6-2000.